

Actividad 3



DURANTE LA LECTURA

(Actividad para realizar a partir de la lectura colectiva y con acompañamiento del docente o un adulto).

a. Registren en el pizarrón:

- las palabras desconocidas para descubrir entre todos los significados y luego buscarlas en el diccionario o en otras fuentes.
- los personajes que aparecen.

¡Eleonora las y los invita a leer!

<https://ele.chaco.gob.ar/mod/hvp/view.php?id=122945>



EL VIAJE MÁS LARGO DEL MUNDO

Gustavo Roldán (2011)



Colección El Barco de Vapor.

Colombia, SM.

Todo comenzó con el viento. En medio de ese viento que juega entre las ramas de los árboles, alguien habló de ese lugar.

En ese lugar había comida, extraños aparatos para colgarse y para hacer piruetas, buenos sitios para dormir y correr. Había fuentes de agua que no se secaban nunca, fuegos redondos que se encendían solos..... y mosquitos.

-Eso me gusta -dijo el sapo-: los mosquitos.

-Entonces, vamos para allá- dijo el coatí-. Si hay un montón de comida fresca, me parece lindo.

-Claro que sí, vamos volando-dijo la paloma-. Dicen que hay un buen lugar para anidar.

Y muchos palomos. Vamos volando.

-Por el río. Mucho mejor si vamos nadando por el río-opinó el yacaré.

-No -dijo el tatú, orgulloso de sus grandes uñas-. Creo que conviene que hagamos una cueva y viajemos bajo tierra. Así llegamos de sorpresa.

-O rodando- dijo el quirquincho arqueando su caparazón-. Nada mejor que correr una carrera rodando como una pelota.

-No van a comparar con saltar de árbol en árbol- dijo el monito.

Y que sí y que no, que no y que sí, dieron vueltas las propuestas para un lado y para el otro.

El yacaré se negaba a saltar de rama en rama.



El quirquincho no quería saber nada de ir volando.

La paloma no quería nadar en el río.

El monito no quería cavar una cueva para ir por debajo de la tierra.

Pero todos pensaban que ese lugar era un sitio que valía la pena conocer.

El sapo, que estaba callado, al final dijo:

-Si seguimos, discutiendo no vamos a llegar nunca. Yo estaría de acuerdo en ir volando o saltando de rama en rama, pero si el quirquincho no quiere volar y el yacaré no quiere saltar por los árboles, hay que respetar sus gustos.

-¡Un momento, un momento! -llegó gritando el ñandú- ¡Aquí venimos cuatro que también queremos ir para allá! ¡Y lo mejor es viajar corriendo!

-¿Cuatro? Lo estamos viendo a usted solo.

-¡Y nosotros qué seremos! -se asomaron el piojo, la pulga y el bicho colorado en el copete del ñandú-. ¡Nosotros también vamos para allá!

-¿Cómo vamos a hacer? -preguntó el yacaré.

- ¡Ya tengo la solución! -dijo el monito-. Si lo importante es llegar a ese lugar, que cada uno vaya como quiera, ¡pero vamos!

El monito saltó a un árbol, y a otro, y a otro.

-¡Por aquí, don yacaré! ¡Esto es muy divertido!

-No, gracias. Los árboles altos me hacen marear.

El tatú sacó sus fuertes uñas y cavó un pozo que se fue convirtiendo en galería.

Cavando, cavando, comenzó a viajar bajo tierra.

La paloma voló suavemente, como para no sacarle ventaja a nadie. Y lo invitó al sapo:

-Don sapo, ¿no quiere volar a mi lado?



-Me gustaría, pero no los quiero dejar solos al coatí y al ñandú.

El quirquincho se hizo una pelota y rodó y rodó.

El yacaré se metió en el medio del río y se fue nadando.

El coatí, el sapo y el ñandú comenzaron a correr.

En la cabeza del ñandú, a los gritos, saltaban y daban indicaciones el piojo, la pulga y el bicho colorado.

-¡Vamos, don sapo! -gritaba el bicho colorado-. Que no se diga que un piojo y una pulga le van a ganar una carrera.

Todos los animales avanzaron hacia allá, para ver si encontraban ese lugar.

Y corrieron.

Saltaron.

Volaron.



Nadaron.

Rodaron.

El camino era largo y peligroso.

El río grande fue lo más complicado.

El ñandú y el coatí y el tatú, el quirquincho y el mono se encontraron de repente con que no podían avanzar.

- ¡No podremos llegar nunca! -se lamentó la pulga-

¡Qué río tan ancho!

¡Es el río más ancho del mundo!

-Aquí se acaba el camino- dijo el quirquincho.

- No es para tanto- dijo el sapo.

Lo que no se puede por tierra se puede por agua.

- ¡Claro que sí! -dijo el piojo-



Desde aquí arriba lo veo al yacaré y ya le estoy haciendo señas.

Y mientras el piojo daba grandes saltos mortales, el bicho colorado lanzó un sapucay como para que lo escuchara el yacaré.

Gritó tan fuerte que lo escuchó también la paloma, que volaba cerca del cielo, y que bajó rápidamente para ver si necesitaban algo.

Pero cuando llegó ya estaban todos cruzando el río sobre el lomo del yacaré,

Y ahí se vino lo peor.

La enorme serpiente del agua vio desde lejos esos exquisitos bocados todos en fila, que parecían navegar parados sobre un tronco.

-¡Añamembuí! -gritó el piojo-. ¡Se nos viene encima un dragón!

Ahí, desde arriba, vieron que se acercaba a toda velocidad, ondulando sobre el agua, la terrible serpiente.

-¿¡Adónde, adónde!?

-¡Por allá! ¡Por allá, don yacaré! ¡Nos va a comer a todos! -gritó la pulga-. ¡Es la víbora más larga del mundo!

¡Nunca hubo una víbora como esta!

-No se asuste, amiga pulga -dijo el yacaré-. Deje que yo me asome y que vea los dientes que tengo.

Y el yacaré mostró su cuerpo fuera del agua y abrió su inmensa boca mostrando todos los dientes.

La serpiente vio el tamaño del yacaré, vio las mandíbulas que se abrían

y se cerraban con un ruido espantoso, y se fue para otro lado, convencida

de que esa comida no le convenía.





Fue el día más triste para la pobre serpiente. Nunca había visto tanta comida, variada y sabrosa, y ahora se le escapaba.

El piojo la miró alejarse y dijo:

-¿Se dio cuenta, don sapo? Nos vio a usted y a mí y salió disparando.

Pobre viborita, al final me da lástima.

-A mí también me da lástima -dijo la pulga-. Era la víbora con más hambre del mundo. ¡Pobre viborita!

Cuando llegaron a la orilla, dijo el yacaré:

-Tengo ganas de caminar un poco. Me voy con ustedes.

Y caminaron y caminaron.

-Eso fue lo peor que nos podía pasar- dijo el coatí.

¿Eso fue lo peor?



Fue lo peor hasta entonces, porque cuando creían que el camino estaba libre de espantos, apareció el fuego. Un bosque en llamas, que impedían cualquier paso.

-¡La flauta! -dijo la pulga-. Nunca existió un fuego tan grande. ¡Es el fuego más grande del mundo! ¡Jamás podremos cruzarlo!

-Esta vez sí que estamos listos- se lamentó el coatí.

-No puede ser tanta desgracia- dijo el ñandú.

-Tiene que haber alguna solución -dijo el piojo.

-¿Será muy grande ese fuego?- preguntó el yacaré.

-Ya le cuento -dijo el monito, trepándose al árbol más alto-.

Lo que no se ve desde el suelo se ve desde los árboles.

Miró para un lado y para el otro.

El fuego no se acababa nunca.





-¡Si pudiéramos volar!-dijo. Es la única manera de pasar.

-Pero podemos -dijo la pulga-. Le pedimos a la paloma que nos lleve...

Es la paloma más voladora del mundo.

-Me parece que conmigo no va a poder -se lamentó el yacaré,

-Conmigo tampoco- dijo el coatí-.

Y era la única solución.

-Se equivoca, amigo coatí -dijo el tatú: hay otra solución.

-¿¡Otra solución!?! -gritaron todos esperanzados.

-¡Claro que sí! Lo que no se puede por arriba se puede por abajo.

Dejen todo en mis manos.

O en mis uñas.

Y ahí nomás se puso a cavar muy hondo. Después salió, miró bien cuál era la dirección que tenía que seguir, y comenzó a hacer una galería bajo tierra.

-¡Ahí voy yo-dijo el quirquincho-. Yo lo ayudo, amigo tatú.

-¡Esto es mejor que volar.

-¿Buena idea? Será buena para ustedes- protestó el piojo-.

Nosotros no podremos pasar por ese agujerito. ¿Qué hacemos nosotros, amigo ñandú?

-Ya va, ya va -dijo el sapo-.

Un poquito de paciencia que ahora nos metemos el monito y yo para ayudar a sacar la tierra y agrandar el agujero.

-Yo también ayudo-dijo el yacaré-. Pero desde afuera.

Y la tierra siguió saliendo y formando una montaña a un costado del hueco.

El ñandú tiraba grandes patadas y alejaba la tierra, desparramándola por todas partes.

Y el yacaré pegaba unos coletazos que la mandaban para el lado del fuego.

-¡Eso me gusta! -gritaba el bicho colorado desde la punta de una pluma. -. ¡Nosotros también ayudamos!

Y el pozo siguió creciendo, cada vez más largo y más grande, hasta formar un túnel como para que pudiera pasar el ñandú.

Después de un larguísimo rato se oyó un sapucay que venía desde el otro lado del fuego.

-¡Ya llegaron! ¡Ya están más allá del fuego!

-El tatú es el mejor cavador del mundo -dijo la pulga-. ¿No es cierto, amigo piojo?

-Sí, pero no se olvide del quirquincho.



-Y del sapo, que también es un buen cavador -dijo el bicho colorado-. ¿No se acuerda de que él hizo los mares para las pobres ballenas?

-Si que me acuerdo, pero eran muchos sapos: como siete.

-¡No perdamos tiempo! -apuró el ñandú metiéndose de cabeza en el pozo-. No veo la hora de estar del otro lado.

Todos cruzaron por el túnel.

-Es el túnel más largo del mundo-dijo la pulga. Nunca hubo un túnel de este tamaño.

Al final, llegaron. Respiraron contentos, mirando las inmensas llamas que quedaban atrás.

Y siguieron corriendo.

Saltaron.

Volaron.

Nadaron.





Rodaron.

Y llegaron.

-Fue el viaje más largo del mundo- dijo la pulga-. Nadie hizo nunca un viaje como este.

Husmearon, exploraron, y se fueron acomodando donde a cada uno le parecía que era el mejor lugar.

El coatí y el tatú se metieron debajo de una gran cama de algarrobo.

La paloma se posó en el respaldo de un sillón hamaca.

El quirquincho se acomodó en una maceta con muchas plantas, pero de hojas no tan grandes como las del monte.

El yacaré se metió en la bañera, pensando dónde estarían los bifés.

El ñandú, con el piojo, la pulga y el bicho colorado en la cabeza, se pusieron a dar vueltas buscando el mejor

lugar, picoteando las frutas de una canasta y la yerba del mate.

El monito saltó de biblioteca en biblioteca, se colgó de las cortinas y de las lámparas de la luz, pasó de un lado al otro por las banderolas de las ventanas.

Pero lo mejor de todo, lo que más le gustó, fue tirar una y otra vez de la cadena del inodoro.

¿Lo mejor? A veces..., porque otras veces lo mejor le parece colgarse de los ventiladores de techo y girar y girar hasta cansarse.

El sapo le pidió al yacaré que le hiciera un lugarcito, que él también quería estar al lado del agua. Pero después pensó que el yacaré apenas entraba y que mejor era un lugar para él solo, y de un salto se instaló en el bidet. Quería descansar un poco para después dedicarse a buscar mosquitos.

El único problema es que allá, ese lugar, era este lugar.



Y aquí vivo yo. Y ahora, ¿qué hago con todos estos bichos en mi casa?

Fin.



